

Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL

SUPLEMENTO AL NÚM. 916 DE A B C

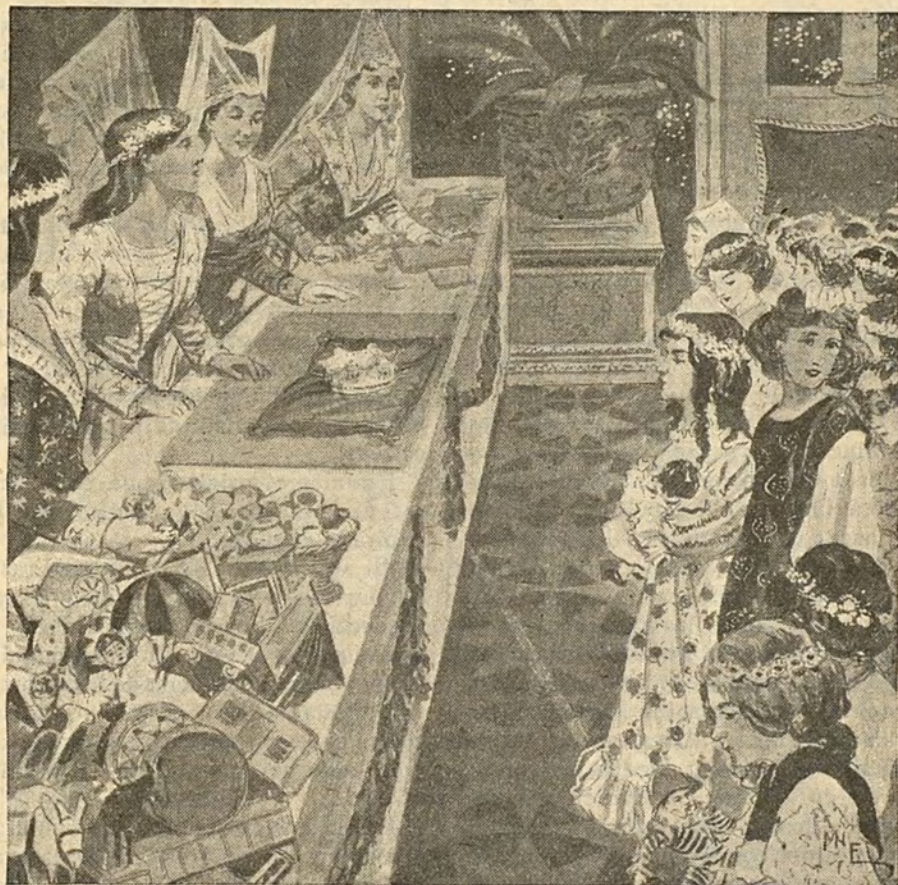


SE PUBLICA TODOS LOS SABADOS

AÑO II

MADRID. 14 DE DICIEMBRE DE 1907

NUM. 47



EL MEJOR CAMINO

Allá lejos, muy lejos, mis queridos niños, existía hace muchos siglos un país encantador. Paseos maravillosos, bosques espesos, jardines espléndidos y un cielo siempre azul constituían el paisaje delicioso que se presentaba á la vista del viajero que visitaba aquella comarca. Las casitas blanquísimas, con verjas de un hierro tan

pulido que despedía reflejos plateados, parecían sonreír con sus alegres tonos y demostrar con su aspecto tranquilo y agradable que los moradores de aquel país eran seres dichosos ajenos á las luchas enconadas que en todo tiempo afligieron á la humanidad.

Se decía que provenía su felicidad de que en lo más espeso de los bos-



Gente Menuda

ques se alzaba magnífico y suntuoso un palacio deslumbrador, en el que moraban las hadas benéficas que protegían á aquel pedacito de mundo. El palacio tenía columnas de oro, paredes de cristales multicolores, y tronos adornados de piedras preciosas, en los que reposaban las hadas envueltas en gasas bordadas de soles y estrellas.

Los niños eran los que más directamente gozaban de sus favores, porque aquellas protectoras sabían muy bien que el niño de hoy es el hombre de mañana, y que lo que en el cerebro y corazón infantiles no se siembre, mal puede dar frutos sazonados con el transcurso del tiempo.

Por esto, las hadas repartían juguetes en varias épocas del año para premiar las buenas cualidades de los pequeñuelos y fomentar en ellos sus buenas tendencias.

Un año, las hadas de los bosques Tintineos (que así se llamaban), se reunieron en el principal salón de su castillo á fin de deliberar lo que habían de hacer para premiar á los niños de la comarca con motivo de las fiestas de Pascuas, que se aproximaban. No querían ser ellas las que impusieran condiciones, sino que deseaban hacer algo nuevo y provechoso que tuviese gran trascendencia y que hiciera pensar á los pequeñuelos. Después de varios planes detenidos y meditados, acordaron en definitiva conceder una corona de oro y el derecho á elegir un juguete, por costoso que fuera, al niño ó niña que llevase á cabo la acción más recomendable, á juicio de las hadas, en el plazo de quince días.

Y resolvieron asimismo repartir consejos y juguetillos á todos los infantiles moradores de las casitas blancas, á fin de que no hubiese envidias ni rencores, prometiendo además que el acto de premiar la más hermosa acción, había de ser solemne, para que se grabara bien su importancia en el pensamiento de los niños.

Cuando los millares de campanillitas de plata que pendían de los árboles de los bosques (por cuyo sonido se llamaban bosques Tintineos) anunciaron que la decisión estaba tomada, toda la gente corrió al castillo de las hadas para enterarse de lo que en aquellas Pascuas iba á acontecer.

La alegría de las criaturas fué grande. ¡Todos con juguetes! ¡Sin excepción alguna! ¡Y además una corona de oro y un rico premio al que fuese capaz de llevar á efecto una acción tan bella, que las generosas protectoras quedasen complacidas!

Creo ocioso decir que las cabecitas infantiles empezaron á formar planes y á hacer proyectos, con el plausible deseo de ser cada uno el héroe que lograrse la más preciada gloria que por aquellos tiempos se podía soñar.

El plazo, á juicio siempre de los niños, era demasiado corto. ¡Sólo quince días!

Realmente, primero que se le ocurre á uno hacer algo bueno, ya ha expirado el plazo.

¡Si se tratase de hacer travesuras ó de jugar — pensaban — aún pudieran aprovecharse bien los quince días!

Aquella noche no durmió tranquilo ningún infantil habitante de la comarca.

Y pasaron días y días, durante los cuales nada se supo que pudiera hacer creer que se pensaba en el premio ofrecido.

Las hadas, no obstante, sonreían satisfechas, prueba indudable de que sabían, porque de todo se enteraban, que sus planes iban teniendo buen éxito.

Todo llega en el mundo; no hay plazo que no se cumpla, y el de la quincena impuesta como término para el ansiado premio, tocó á su fin.

Los niños de la comarca, ataviados con sus mejores galas, se presentaron puntualmente en el salón del castillo de los bosques Tintineos.

Continuará





LA INFANCIA DEL REY ENRIQUE III

Una de las minorías más calamitosas para los españoles, fué, sin duda, la de don Enrique III *el Doliente*, y prueba de ello es el hecho que vamos á referir, y que muchos historiadores y la tradición autorizan. Corría el año 1393, y el niño rey, que sucediera á su padre, D. Juan I, á los once años de edad, había ocupado el solio durante tres años. En este intervalo de tiempo habíanse sucedido continuamente unos disturbios á otros. Castilla era presa de las facciones y bandos políticos; los personajes influyentes en la corte se disputaban el puesto de gobernadores ó regentes del reino y la tutela del joven monarca.

El escándalo llegó á un extremo inconcebible, y la rapacidad de los gobernadores del reino fué tal, que el enfermizo monarca vióse privado de lo más necesario para su decoro y sustento. Un día D. Enrique, hallándose en Burgos, regresó de la caza, distracción á que era muy aficionado, rendido de fatiga y acosado por el hambre. Pidió de comer al despensero, y hubo éste de contestarle que no había preparado comida por no tener dinero para adquirirla y no encontrar quien se la entregara al fiado, temerosos los tenderos de que no podrían cobrar su importe. El rey, que era de benigna y bondadosa condición, resignóse á tan terrible prueba, y despojándose de su abrigo ó gabán, lo entregó al cocinero para que le empeñase, y con su valor adquiriese viandas y preparase la comida.

Supo que los tutores ó gobernadores se regalaban aquella noche con un espléndido banquete que les daba D. Pedro Tenorio, uno de los miembros más influyentes de la Junta, y disfrazándose de paje penetró durante el festín en la suntuosa morada donde se hallaban reunidos tantos grandes y poderosos señores. De esta manera providencial logró conocer D. Enrique las insensatas depredaciones de sus más favorecidos súbditos, y pensó castigar á los defraudadores y tiránicos gobernantes.

A fin de que éstos acudiesen á la real estancia sin recelo alguno, tan pronto como se retiró del sitio del festín, hizo extender el rumor de que se hallaba gravemente enfermo y postrado en la cama. Los gobernadores, que nada llegaron á sospechar, acudieron sin demora, y una vez presentes los veinte que manejaban los negocios públicos, abrióse una puerta y apareció el rey armado de todas armas y con la espada desnuda. Sorprendiéronse en gran manera los regentes, que le creían enfermo y le contemplaban enojado y sombrío; pero su sorpresa no llegó al colmo hasta que el monarca ocupó el trono ó *sitial regio*.

Gente Menuda

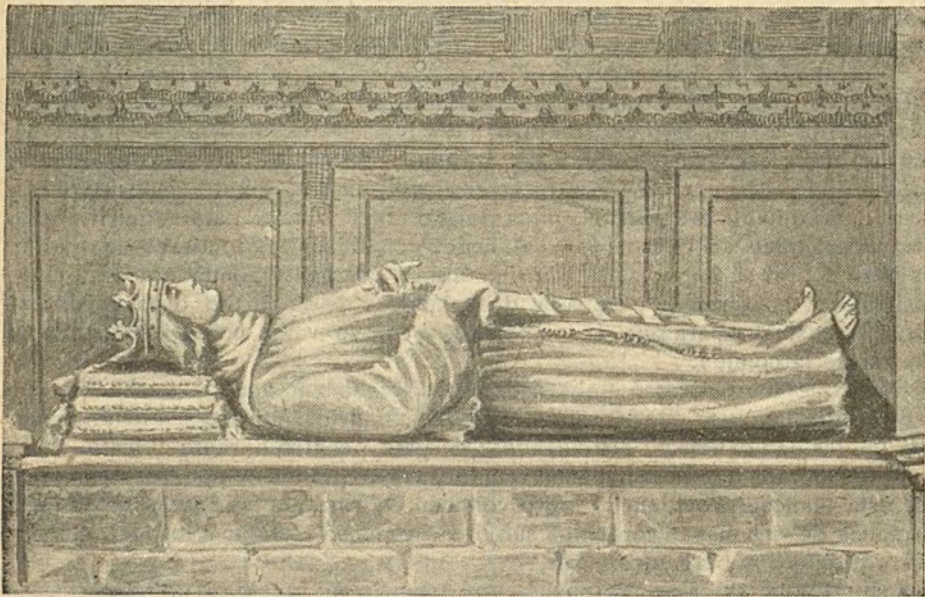
después de invitarlos á que se sentaran, dirigió á todos, uno por uno, la siguiente pregunta:

—¿Cuántos reyes habéis conocido?

Contestaron algunos que habían conocido dos; otros, tres, y los más ancianos, cinco. Cuando ya había hablado el último, D. Enrique replicó:

—¿Cómo puede ser esto, si yo siendo tan joven he conocido lo menos veinte? Vosotros todos, vosotros sois—dijo—los reyes, en grave daño del reino, mengua y afrenta nuestra; pero yo haré que el reinado no dure mucho, ni pase adelante la burla que de nos hacéis.

Pronunciadas estas frases, llamó en alta voz á los verdugos, y á seiscientos soldados que tenía ocultos de antemano, y el espanto y la turbación de los grandes no conoció límites. Todos ellos creían llegado su postrer instante, y la congoja y los sollozos no les permitían pedir perdón al enojado rey. Por fin, el arzobispo de Toledo, como más atrevido y confiado en su carácter de príncipe de la Iglesia, alzó la voz é invocó la bondad y la generosidad del joven príncipe prometiéndole que se enmendarían y que restituirían á la corona las haciendas y las ciudades usurpadas. Asintieron todos á este ofrecimiento, y el monarca se contentó con tenerlos amedrentados hasta que hubieron cumplido sus promesas. De esta suerte remediáronse en parte los males que la minoridad trajera consigo, y escarmentaron por entonces aquellos soberbios vasallos que tanto daño hicieran al trono y á Castilla entera. El rey tomó las riendas del gobier-



ESTATUA YACENTE DEL REY ENRIQUE III

no, y en su breve y pacífico reinado mostró la generosidad de su alma y el amor á la grandeza y la prosperidad de su país. El que despertó de su infantil letargo con tan memorable suceso, se conservó vigilante y avizor durante su corta vida, amargada por los padecimientos y enfermedades que le procuraron el sobrenombre de *Doliente*.

EL BUHO

Esta ave de rapiña nocturna se distingue por unos mechones de plumas en forma de cuernos sobrepuestos á las orejas. Tiene la cabeza grande, las alas regularmente largas y anchas, cola corta, uñas muy grandes y ganchudas y pico grueso. Su plumaje es abundante y lacio, y los ojos grandes, planos, de color amarillo.

Hay muchas variedades de buhos, y la mayor de todas es el buho común (*bubo maximus*), que se llama también gran duque, y es el que representa el grabado de esta página.

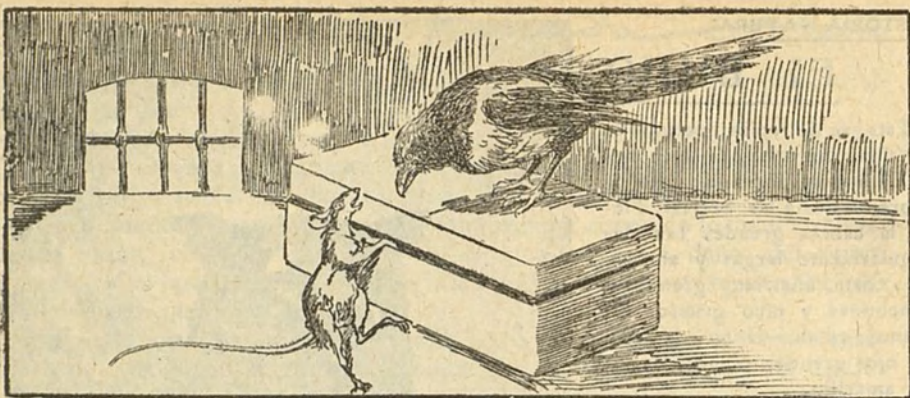
Mide de 0,69 á 0,77 metros de largo, por 1,75 á 1,77 de ala á ala. Plegada ésta, tiene 0,45 y la cola 0,25 á 0,28. Rico y abundante es su plumaje amarillo rojizo con manchas negras en la parte superior del cuerpo; las plumas de las orejas, ribeteadas de amarillo por dentro; la parte superior de su cuerpo con manchas longitudinales; la garganta blanca, y las alas amarillo parduzcas, claro y obscuro alternativamente. En conjunto presentan dos tintes: el gris rojizo y el negro.

El buho suele estar durante el día sobre un árbol ó en el hueco de una roca, con el plumaje oprimido junto al cuerpo, las orejas echadas atrás y los ojos apenas entreabiertos como si estuviese dormitando; pero al ruido más pequeño, se despierta, levanta las plumas de las orejas, vuelve la cabeza á todos lados, é inclinándose hacia el sitio de donde el ruido procede, observa guiñando los ojos. Si sospecha que un peligro le amenaza, se apresura inmediatamente á ponerse en salvo.

Al ponerse el sol es cuando se anima por completo, alisa su plumaje, y concluida su *toilette*, vuela silencioso hacia una roca ó árbol alto para emprender desde allí sus cacerías.

Estas son importantes, pues el buho grande caza toda clase de animales vertebrados, grandes y pequeños, con gran astucia para sorprenderlos y gran valor para acometerlos.





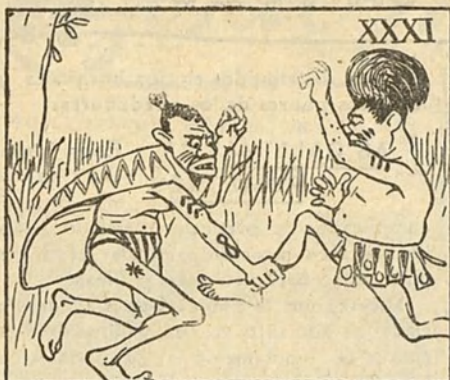
LA MARICA CAZADORA

Tras diez años de servicios
 que en una casa llevaba,
 el buen *Micifuz*, un gato,
 que había sido una alhaja,
 estaba corto de vista,
 no muy ligero de patas,
 y muy pesado de cuerpo,
 que no en vano el tiempo pasa.
 Pasábase dormitando
 los días y las semanas,
 más inclinado al reposo
 que aficionado á la caza,
 y al notar lo los ratones
 que á *Micifuz* respetaban,
 le perdieron el respeto
 y se entraron en la casa.
 Gruñía la cocinera
 al notar por las mañanas
 las señales inequívocas
 de las ratoniles zambras,
 y á *Micifuz* le decía
 cuando su almuerzo le daba:
 —*Micifuz* de mis pecados,
 ya no sirves para nada.
 ¡Vergüenza debiera darte
 de comerte la pitanza,
 porque hace ya mucho tiempo
 que comes lo que no ganas!
 Una marica parlera
 que en la cocina se hallaba,
 decía:—¡Si yo tuviera
 sus uñas, jamás entrara
 un ratón chico ni grande
 sin que cayera en mis garras!
Micifuz se enristrecía
 y, avergonzado, callaba,
 pero allá en su fuero interno
 surgía una queja amarga.
 —Me insultan porque soy viejo—
 el buen *Micifuz* pensaba—

sin pensar en los servicios
 que en otros tiempos prestara.
 ¡Dios te perdone, marica,
 esas pullas que me cantas'
 si yo tuviera tus años
 otro gallo me cantara!
 —Cállate tú, parlanchina—
 la cocinera exclamaba,
 y picada la marica,
 fué y se dedicó á la caza.
 —Si no tengo fuerza—dijo—
 verán cómo tengo maña—
 y pensó un plan maquiavélico
 que en seguida puso en práctica.
 Entró el ratoncito Pérez
 á las tres de la mañana,
 cuando cocina y despensa
 se hallaban más solitarias,
 y viendo una caja abierta
 donde siempre se guardaban
 los garbanzos, las alubias
 y otras sabrosas viandas;
 iba á penetrar en ella
 cuando ¡zas! cayó la tapa,
 y el pícaro ratoncillo
 quedó preso por las patas.
 La marica había sido
 la que le cazó en la trampa
 pero loca de contento
 por la victoria lograda,
 salió á contarles á todos
 el éxito de su hazaña,
 y como faltó su peso
 á la tapa de la caja,
 huyó el ratoncito Pérez
 Y al volver acompañada
 del gato y la cocinera
 la marica casquivana,
 quedó como una embustera,
 y se tiró la gran blancha

LAS AVENTURAS DE QUICO

CONTINUACION



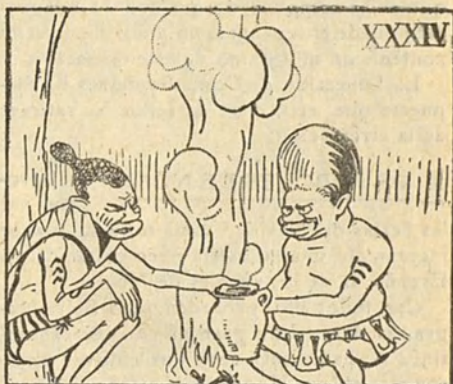
En aquel instante aparecieron disputando debajo del árbol dos caníbales de aspecto terrible.



A Quico, con el susto, se le cayó el cartucho de los garbanzos, que por milagro no hizo explosión.



Abrióronle los caníbales, y al verle lleno de garbanzos, demostraron con risas su alegría.



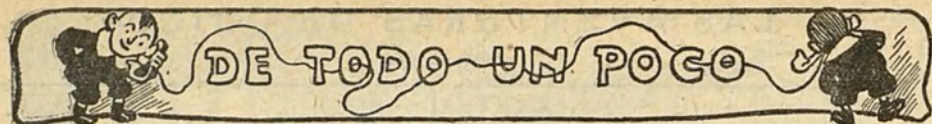
Sin perder tiempo se pusieron a condimentar un cocido al estilo del país.



Mientras tanto, se entregaban con el mayor fervor á la danza sagrada del apetito.



No pudo Quico contener una carcajada, y la miss exclamó: «¡My God!»



DE TODO UN POCO

LOS SELLOS VENENOSOS

La costumbre de mojar los sellos de Correos pasando la lengua por su parte engomada puede ser peligrosa, por lo cual no nos cansaremos de llamar sobre esto la atención de nuestros lectores. No solamente se pueden absorber los microbios más ó menos infecciosos que puedan contener, sino que se pueden producir verdaderos envenenamientos si están los sellos coloreados con materias tóxicas.

Esto ha ocurrido en Inglaterra con el sello de tres peniques, amarillo y pardo, cuyo color era á la base de cromato, ácido de plomo, substancia muy tóxica, puesto que se ha comprobado que con 12 miligramos puede envenenarse un niño. Cada sello contenía un miligramo de este cromato.

La Dirección de Comunicaciones ha dispuesto que esta clase de sellos se retirase de la circulación.

LOS ARBOLES DE NOEL

Al aproximarse las fiestas de Navidad toma todo su mayor incremento una industria poco conocida en España: la de los árboles de Noel.

Casi todos ellos proceden de la Selva Negra, en la cual un gran número de campesinos no hacen otra cosa que cultivar pinos con este objeto. Uno solo de estos productores envía todos los años al mercado de Londres de 60.000 á 70.000 pinos, y se calcula en unos 750.000 el número de árboles que se venden en Inglaterra la víspera de Noche Buena.

El mayor árbol de Noel que se conoce es el que se expone anualmente en el palacio de Cristal de Londres. Tiene unos 20 metros de alto, y de sus ramas penden de 10.000 á 12.000 juguetes, faroles y banderas. En la cima, rozando casi á la cubierta de cristales, tiene una estatua artística que representa al Padre Noel en su traje de pieles llevando en sus manos dos banderas inglesas.

El arzobispo de Cantorbery es quien presenta al público todos los años este gigantesco árbol de Noel. De Londres y de los alrededores, acude una gran multitud á admirar este árbol, cuyos juguetes sor-

después distribuidos en los hospitales y á los niños pobres de los alrededores.

LAS GALLINAS BAROMETROS

Entre los muchos modos más ó menos complicados de predecir el tiempo probable, merece mención particular el de emplear como barómetros las gallinas.

Dícese que la pimienta de Cayeur mezclada al alimento de las gallinas blancas, comunica rápidamente á su plumaje un tono de color de rosa. Esta nueva coloración es de tal manera sensible á las variaciones atmosféricas, que según la cantidad de vapor acuoso suspendido en la atmósfera, las plumas de la gallina pasan del rosa pálido al encarnado, tomando todas las tintas intermedias.

Según el grado de coloración de su plumaje, se puede saber la mayor ó menor probabilidad de lluvia.

LO QUE COME UN COCODRILO

Se hablaba de la voracidad del avestruz, y

un inglés que había viajado por Egipto, dijo: —Yo maté en la orilla del Nilo un cocodrilo de gran tamaño en cuyo vientre se encontró lo siguiente:

Una hebilla de cinto y otra de pantalón, 14 botones de metal, unos gelemos, 76 clavos de zapatos, 43 ojetes de brodequines, una navaja de seis hojas, un bolsillo con monedas inglesas, tres sortijas de oro con brillantes, un cronómetro, una petaca y una fosforera de plata y una brújula de bolsillo.

No acertaba á explicarse la afición del animal á aquellos alimentos de tan difícil digestión, ni podía darse cuenta de donde podría habérselos procurado, cuando algunos días después, enseñando en el hotel la petaca y la fosforera, se levantó vivamente uno de los comensales diciendo:

—¡Mi petaca!, ¡esa es mi petaca!

Entonces refirió que seis semanas antes le habían robado aquellos objetos y tres sortijas, y que este robo coincidía con la desaparición de un criado de que no se había vuelto á saber. Sin duda al ladrón fugitivo le cogió el cocodrilo por su cuenta y se lo merendó con todo lo que llevaba encima.